

Dr. John C. Whitcomb  
6147 Hythe Road  
Indianapolis, IN 46220

## **Prioridades al Presentar la Fe (La Conversión de un Evolucionista) Por el Dr. John C. Whitcomb**

¿Cuánto necesitamos de evidencia científica y argumentos intelectuales para testificar del Evangelio? Este poderoso pero sumamente legible artículo, típico del autor, captó las mentes de muchos predicadores cuando lo publicaron por primera vez en 1984. Del co-autor de *El Diluvio del Génesis*, esto establece la necesidad de la Palabra y del poder del Espíritu en la conversión.

(Foto: Tabernáculo Metropolitano [de Spurgeon], Londres, Inglaterra. 2007)

Mi experiencia personal con la apologética Cristiana comenzó en febrero de 1943, cuando era un estudiante en la Universidad de Princeton. No había tenido el privilegio de crecer en un hogar Cristiano ni de asistir a una iglesia que enseñara la Biblia. Pero Dios, en Su gracia, usó a una pareja de estudiantes Cristianos en la universidad para que me invitaran una y otra vez a asistir a una clase Bíblica semanal que era dictada por un graduado de Princeton y ex misionero en la India.

El mensaje del Evangelio fue presentado magníficamente, y después de varios meses bajo dicha enseñanza, me rendí a las afirmaciones y la autoridad del Señor Jesucristo.

Yo sabía que no había otros Cristianos en edificio estudiantil donde me alojaba en ese tiempo, pero había hecho varios buenos amigos, uno de los cuales era un intelectual sofisticado proveniente de un hogar adinerado. Yo estaba convencido de que la conversión de este hombre podría traer grandes cambios en la vida de los estudiantes, por lo que un día lo invité a asistir a la clase Bíblica.

Mis esperanzas eran grandes, porque yo estaba convencido de que ningún otro podía igualar a este maestro de la Biblia que me había guiado al Señor. La conversación, según la recuerdo bien después de tantos años, fue como sigue: 'Harry, aquí hay un estudiante que realmente puede hacer que el mensaje de la Biblia sea claro y convincente. "¿Por qué no viene conmigo el domingo a la tarde y lo ve por usted mismo?"

'¿La Biblia?' replicó. ¿Por qué debería yo tomar tiempo para estudiar un libro religioso que está casi dos mil años fuera de moda? Usted mismo sabe que no hay un solo profesor de ciencia en Princeton que toma la Biblia en serio con respecto al origen del mundo. La gente inteligente ya no sostiene la idea de la creación por voluntad divina. Realmente no tengo interés en la Biblia.'

Inducido por el rechazo total de la Palabra de Dios sobre la base del consenso científico, me retiré y busqué a mis amigos Cristianos. Me preguntaba: ¿Habría algunas publicaciones eruditas que podrían ayudar a mi amigo a ver la debilidad del evolucionismo y por lo tanto la admitir la posibilidad de la creación sobrenatural?

Excepto unos pequeños folletos, no encontré nada; pero armado con estos folletos me acerqué a Harry de nuevo. Él fue sorprendentemente amable. "Gracias por tomarte todo el trabajo de reunir todos estos folletos para mí. Realmente no sabía que hubiera alguien que tomando a Génesis literalmente, sería capaz de escribir un libro. Te diré lo que voy a hacer: Algún día, si tengo tiempo, voy a ver lo que dicen."

Y con eso terminó. Este fue el golpe final con el que me mandó a pasear.

Me sentí profundamente desanimado ante éste y otros fracasos similares en mis esfuerzos por convertir a mis amigos al Cristianismo, y discutí el problema con mi maestro de la Biblia. '¿Qué pasa conmigo? ¿Es mi personalidad o necesito más tiempo para aprender argumentos mejores?' En vez de darle un sermón a su nuevo discípulo sobre la complejidad de la apologética bíblica, muy sabiamente me invitó a que lo acompañara en una breve visita a otro dormitorio donde un nuevo estudiante, cinco meses antes, había llenado precipitadamente una tarjeta indicando su interés en asistir a nuestra clase de estudio bíblico.

Mientras la puerta se abría en respuesta a nuestra llamada, comenzó a salir una nube de humo de pipa hacia el pasillo. 'Yo soy John Whitcomb y este es el maestro de Biblia de la Comunion Evangélica de Princeton. ¿Está Tom Smith acá?' Se oyeron los ruidos de pisadas apresuradas, y de una lámpara de mesa que caía al suelo y de varias figuras que huían aterrorizadas, dejando a nuestra víctima para que se defendiera por su cuenta contra esos intrusos indeseables.

'¿La Comunion Evangélica de Princeton? Oh, sí, pienso que yo firmé la tarjeta el otoño pasado; pero ya no estoy interesado en la Biblia. Solía pensar que era verdad, pero cinco meses de estudio aquí han sido suficientes para convencerme de que está llena de errores.' 'Estoy fascinado escuchando lo que usted dice,' comentó suavemente mi maestro. 'Dígame, ¿qué errores particulares descubrió usted en la Biblia que lo convencieron de que no es verdad?' Esto era inesperado. ¿No era suficiente este firme desaire como para terminar esta incómoda conversación? El consenso general de esta gran universidad ¿no sería suficiente para silenciar a cualquiera que todavía creyera que la Biblia era verdad?

Tom pensó por un momento y respondió, '¡Jonás y la ballena!' Allí estaba su prueba. ¡Ninguna persona educada en la actualidad podría creer por un momento de que una ballena pudiera haber tragado a un hombre y luego lo escupiera en la playa vivo tres días después!

Aquí estaba lo crítico para mí. ¿Cómo podríamos manejar este desafío directo a la historicidad del libro de *Jonás*? Quizás podríamos encontrar en la biblioteca de la universidad algunos libros sobre ballenas que demostrarían su capacidad de tragar hombres vivos. Quizás hasta podríamos encontrar evidencias históricas de hombres que realmente habían sobrevivido a semejante prueba. ¡Eso lo convencería de que el libro de *Jonás* era tan infalible como el resto de la Biblia!

Providencialmente, fue mi maestro quién le respondió primero. "Tom, estoy francamente muy agradecido de que es el libro de *Jonás* con el que usted está teniendo dificultad. No hay otro libro más fascinante en el Antiguo Testamento que *Jonás*. Algún día, si tenemos tiempo, me gustaría discutir con usted todo el mensaje de ese libro, al cual el Señor Jesucristo mismo se refirió por una razón muy importante.

'No obstante, mientras tanto ¿le importaría si yo le explicara a usted por qué he llegado a creer que la Biblia es la Palabra de Dios y por consiguiente la verdad en todas sus partes?' Impresionado con la irresistible comprensión y confianza de este hombre que parecía conocer por experiencia personal al Dios de Quien hablaba, Tom dio su cauteloso consentimiento.

'Tom, yo me sentí lo mismo que usted acerca de la Palabra de Dios cuando estudiaba aquí, hace treinta años. Pensé que tenía todas las respuestas que necesitaba con respecto a la vida. Pero estaba equivocado. En Su infinito amor, Dios me alcanzó a mí en mi profunda necesidad personal y me mostró, mediante las familiares palabras de Su inigualable Libro, de que mi problema de raíz era el pecado, el alejamiento deliberado de Dios Mismo.' Lo que el joven oyó no era una defensa científica, histórica o filosófica del Cristianismo, sino un

testimonio saturado del Evangelio, dirigido con oración a su corazón.

De lo que recuerdo de esta conversación, Tom sí presentó algunas preguntas acerca del Cristianismo y la Biblia. Las preguntas no fueron totalmente ignoradas, pero las respuestas siempre fueron ampliadas con nuevas perspectivas sobre el Evangelio y con apelaciones para que se rindiera a Cristo. Fue este enfoque lo que finalmente guió a un orgulloso estudiante universitario a reconocer el señorío de Cristo en su vida.

Todo esto me obligó a echar una nueva mirada a algunos de los factores básicos de la apologética Cristiana que anteriormente yo había descuidado. He llegado a creer que mi ignorancia inicial concerniente a estos principios Bíblicos también caracteriza a muchos obreros Cristianos frustrados e infructuosos de la actualidad.

Mi problema era básicamente doble. Había subestimado la profundidad de la rebelión del hombre contra Dios, y no estaba consciente de la parte absolutamente crucial que la Palabra de Dios debe tener, mediante la obra convincente e iluminadora del Espíritu Santo, en esto de traer a los hombres pecadores a Cristo.

En nuestros esfuerzos por hacer que la Biblia y el Cristianismo sean atractivos y aceptables a los hombres, nos encontramos inmediatamente confrontados con dos formidables obstáculos: la naturaleza caída del hombre y las fuerzas Satánicas que lo rodean. Aunque estos hechos no deberían ser una gran sorpresa para el creyente, aún para quien está familiarizado con el Cristianismo sólo superficialmente, me asombra el hecho de que son muy pocas las actuales obras evangélicas sobre apologética Cristiana, aún las mejor conocidas, las que les dan seria consideración.

Cuando uno lee dichos libros, casi es guiado a creer que (además del Evangelio) lo que nosotros realmente necesitamos para ganar a los intelectuales para Cristo es un arsenal de argumentos cuidadosamente desarrollados contra varios sistemas religiosos y filosóficos. También parece que necesitamos un conjunto impresionante de evidencias de, digamos, arqueología e historia, en cuanto a que la Biblia y el Cristianismo son verdaderos.<sup>1</sup>

Pero si vamos a ser perfectamente honestos con la perspectiva bíblica sobre esta cuestión, debemos admitir que muy a menudo hemos sido culpables de edificar nuestros sistemas de apologética sobre otros fundamentos y no sobre el que está establecido en la Escritura. En vez de darnos la impresión de que los hombres ansiosamente están esperando pruebas de que el Cristianismo es verdad, descubrimos que la Biblia expone los corazones de los hombres, que están sellados herméticamente contra cualquiera y contra todas las presiones intelectuales meramente humanas para la conversión.

El problema básico del que no es Cristiano, no es meramente un problema académico e intelectual; es un problema moral y espiritual. La Biblia indica que *todos* los que no son creyentes, (incluyendo a los llamados dudosos honestos), son enemigos de Dios, y están bajo el juicio divino debido a su deliberada distorsión que hacen de toda la realidad para encajarla dentro de su propio marco espiritual de referencia.

En el hombre natural no existe ni el más pequeño deseo de buscarlo a Él, de encontrarlo a Él, y de reconocerlo a Él por lo que Él es — “El malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; no hay Dios en ninguno de sus pensamientos” (Salmos 10:4). En otra ocasión, mediante la pluma de David, el Espíritu Santo nos informa que — “Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios’ (Salmos14:2). ¿Pero qué vio Él? ‘Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni

siquiera uno.’ (citado en Romanos 3:10-12).

No sólo que el incrédulo no busca ni practica la verdad; sino que inflexiblemente suprime cualquier verdad que recibe: ‘Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen [suprimen] con injusticia la verdad... de modo que no tienen excusa’ (*Romanos 1:18-20*).

En realidad, las Escrituras establecen claramente que los hombres caídos, lejos de estar abiertos a los argumentos acerca de lo que Dios afirma sobre ellos, están en un estado de enemistad contra

El Dr. Whitcomb mismo ha escrito excelentes libros, todos honrando su principio de la prioridad del Evangelio [Portada de su libro *La Tierra Primitiva*]

---

<sup>1</sup>Por ejemplo, John Warwick Montgomery afirma audazmente: ‘Las posiciones no Cristianas deben ser destruidas factualmente, y la religión Cristiana establecida factualmente. Cualquier procedimiento menor es una abrogación de la responsabilidad apologética a un mundo caído.’ (Once upon *Un A Priori, in Jerusalem and Athens* editada, por E. R. Geehan [Nutley, NJ: Presbyterian and Reformed Publishing Co. 1971], p388)

Él. Porque “los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (*Romanos 8:7*).

La apologética Cristiana ha estado tradicionalmente interesada en dar respuestas racionales a los desafíos de los incrédulos con respecto a la revelación especial de Dios en la Escritura. Pero, ¿a qué clases de mentes estamos apelando? ¿Hasta qué alcance el pecado y la rebelión espiritual contra Dios han afectado las capacidades racionales del hombre?

Considere estas declaraciones: “Y Él os dio vida a vosotros, cuanto estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo... haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos; y éramos por naturaleza hijos de la ira, lo mismo que los demás’ (*Efesios 2:1-3*). ”Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos a la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (*Efesios 4:17-18*).

¿Pero, es la ‘mente’ humana incapaz de desprenderse a sí misma del llamado ‘corazón’ y de extraer sus propias conclusiones acerca de Dios, independientemente de la dirección descendente de nuestra naturaleza caída? La respuesta es — ¡No! Note la explicación que da nuestro Señor sobre la relación inquebrantable que hay entre la mente y el corazón—‘Porque del corazón salen los malos pensamientos’ (*Mateo 15:19; cf. Marcos 7:21*). Las Escrituras no nos dan ninguna esperanza de que puede haber un cambio fundamental en la forma de pensar del hombre acerca de Dios a menos que haya un profundo cambio en su ‘corazón’, el centro moral y espiritual de su ser personal.

Además del obstáculo de que el ‘corazón-mente’ humanos se oponen totalmente a la verdad de Dios, está el obstáculo de Satanás, ‘el dios de este mundo’, y sus fuerzas demoníacas. Esto me lleva a darme cuenta de que cuando yo hablo a un incrédulo acerca de Cristo, no estoy realmente hablando a una persona sino a dos o más personas, y que todas son invisibles excepto una de ellas.

El apóstol Pablo habló de este hecho varias veces. Explicó que ‘no tenemos lucha contra

sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes' (*Efesios 6:12*).

Él sabía que los Cristianos anteriormente andaban "... conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia" (*Efesios 2:2*). Él reconoció que "si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio" (*2 Corintios 4:3-4*).

En la parábola del sembrador, nuestro Señor habló de este obstáculo a la recepción de Su Palabra cuando identificó a las aves que devoraban la semilla — 'Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Éste es el que fue sembrado junto al camino' (*Mateo 13:19*).

Un sistema de apologética Cristiana que subestima el poder que tiene Satanás en las mentes de los incrédulos puede que no sea exactamente culpable de vilipendiar majestades angélicas como Judas nos advierte; pero, debido a que ignora el alcance del poder de Satanás, es incapaz de seguir el ejemplo de Miguel y decir eficazmente, 'El Señor te reprenda' (*Judas 9*). Lo que necesitamos desesperadamente en la actualidad es una apologética con poder.

Si el cuadro bíblico de la enemistad del hombre contra Dios y el control de Satanás es correcto, entonces ¿cómo pueden los Cristianos persuadir a los hombres a que se alejen del pecado y de Satanás y acudan al Dios vivo y verdadero? La respuesta bíblica, como es lógico, es que... no pueden. Las Escrituras no nos dicen que al incrédulo le resulta difícil aceptar la verdad espiritual. Dicen que es imposible. 'Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente' (*1 Corintios 2:14*). Cuando nuestro Señor una vez hizo un pronunciamiento similar concerniente a un segmento entero de la sociedad, "sus discípulos, oyendo esto, se asombraron en gran manera, diciendo: "¿Quién, pues, podrá ser salvo?" Su respuesta nos provee la clave de toda la apologética Cristiana efectiva verdadera para hoy: 'Para los hombres esto es imposible; mas para con Dios todo es posible.' (*Mateo 19:25-26*). Parece perfectamente obvio, entonces, que Dios nunca tuvo el propósito de que el Cristiano tuviera que ganar a los perdidos mediante argumentos filosóficos y académicos, o aun que por este medio ellos debían remover los obstáculos mentales de los incrédulos a fin de que la Palabra de Dios pudiera penetrar sus corazones.

Si este hubiera sido el plan de Dios, la vasta mayoría de los Cristianos de toda la historia habrían sido descalificados automáticamente del testimonio eficaz, porque no habrían podido llegar a los incrédulos de alto nivel educativo debido a su nivel de debate intelectual. 'Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia.' (*1 Corintios 1:26-29*).

El método Bíblico para ganar a hombres para Cristo (incluyendo a los intelectuales de nuestros días) es presentar cariñosamente, pacientemente y en oración, el verdadero Evangelio 'conforme a las Escrituras' (*1 Corintios 15:3-4*) en el contexto de una vida piadosa (*1 Tesalonicenses 1:5; 2:3-12*). Sólo la Palabra de Dios 'viva y eficaz' puede penetrar el escudo de defensa del incrédulo y entrar hasta el corazón (*Hebreos 4:12*), y por lo tanto sólo Dios puede recibir la gloria por la genuina conversión de los hombres pecadores.

Una vez convertido por el Espíritu Santo de Dios, un hombre disfruta por primera vez en su vida de la perspectiva y el marco de referencia adecuados que le permiten analizar sus problemas intelectuales concernientes a las doctrinas Cristianas, aunque nunca encuentre todas las respuestas de este lado del Cielo.

La propia conversión de Pablo es una ilustración instructiva de la dinámica divina. Cuando fue abrumado por la presencia de Jesús en el camino a Damasco, Saulo de Tarso, en lugar de presentarle una lista de preguntas, simplemente clamó, “¿Qué haré Señor?” (Hechos 22:10). Con su ceguera espiritual removida por Dios—“Enseguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios.” (Hechos 9:20)

Él ‘no fue rebelde a la visión celestial’ (Hechos 26:19), aunque debe haber necesitado años para repensar, a la luz de la nueva revelación transformadora, todas las cosas que había estado aprendiendo previamente acerca de las Escrituras. El libro de *Hechos* contiene numerosos ejemplos de dichas proclamaciones del mensaje revelado por Dios, que resultaban en la convicción del pecado traída por el Espíritu Santo y en conversiones genuinas (Hechos 2:36-38; 8:34-36; 10:42-48; 16:31-34).

Otro ejemplo importante del Nuevo Testamento del enfoque a la apologética Cristiana puede encontrarse en la admonición de Pablo a la iglesia de Corinto en cuando a dejar la sabiduría mundana y el injustificado gloriarse en ciertos dones de señales, a fin de que pudieran dedicarse a la proclamación clara de la Palabra de Dios. Pablo dijo: ‘Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros’ (1 Corintios 14:24-25).<sup>2</sup> En este extraordinario pasaje es perfectamente obvio que ni la sabiduría humana ni las señales empíricas eran un sustituto adecuado para la clara proclamación de la Palabra de Dios.

---

<sup>2</sup>Bernard Ramm obviamente está muy equivocado al decir — ‘Si un hombre tiene un perjuicio contra el Evangelio, es la función de la apologética y las evidencias remover el prejuicio... La apologética y evidencias Cristianas reducen estas objeciones para permitir que el Evangelio una vez más pueda confrontar directamente la conciencia de un hombre’ (*Protestant Christian Evidences* [Chicago: Moody Press, 1953] pp15-16).

No obstante, si el comunicador Cristiano apela constantemente a la Palabra de Dios para establecer su verdad en la mente de un incrédulo, ¿no se hace culpable de razonar en un círculo? Si el incrédulo rehúsa aceptar las Escrituras como divinamente inspiradas, ¿no debería el comunicador abandonar temporalmente la Biblia hasta que haya demostrado su verdad independientemente, mediante la apelación a una vasta información de hechos arqueológicos, históricos, científicos y otros que tienden a confirmar sus afirmaciones?

La respuesta a esta pregunta es — ¡No! Si el Cristianismo es meramente *un* círculo de verdad a ser condicionado y definido por *otros* círculos de verdad, entonces no es cierto en absoluto, porque las Escrituras afirman audaz y consecuentemente ser la eterna, todo inclusiva, singular, final, y absolutamente autorizada Palabra de Dios. Este es el fundamento crucial de la verdadera apologética Cristiana.

Cuando el Cristiano apela a la Palabra de Dios, está apelando al *único* círculo de verdad fundamental concerniente a Dios y a las realidades espirituales. Este círculo es tan vasto y profundo que incluye todo lo que existe dentro del universo así como más allá del mismo, tanto visible como invisible—incluyendo al incrédulo mismo y ¡al mismo ‘dios de este mundo’ que lo

ciega a él!

Por consiguiente, el hecho de apagar la luz de la Palabra de Dios, por así decirlo, a fin de establecer primero un 'terreno común' con el incrédulo mismo es abandonar la verdad a fin de buscar junto con una mente no regenerada, y buscar en la oscuridad que caracteriza a este sistema mundial aparte de Dios.

La verdad revelada es auto-autenticante y auto-vindicante, como la luz. Pedro declaró — 'a la cual hacéis bien en estar atentos [*a la Palabra de Dios*] como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones' (2 Pedro 1:19).

Imagínese a un hombre perdido dentro de los profundos recovecos de una caverna oscura, en la desesperación total poder encontrar alguna el camino hacia afuera. Si un amigo tuviera una idea general de su ubicación, ¿cuál sería la mejor manera de acudir a su rescate? ¿Debería entrar a la cueva corriendo, descuidando su camino, y sentarse con él en la oscuridad compartiendo con él el terreno común de estar perdidos?

¿No sería mucho mejor que trajera con él una poderosa linterna, marcando su camino a medida que entrara en la cueva, de modo que pudiera rastrear sus pasos hacia la seguridad del mundo exterior? No obstante, supongamos que el hombre perdido, en su extrema desesperación, rehusara creer que su amigo tiene una linterna y de que hay un camino de salida. ¿Debería el presunto rescatista sentarse en la oscuridad y discutir con él acerca del tamaño, la marca, la potencia, y el funcionamiento anterior de su linterna?

Puesto que el hombre perdido todavía tiene la capacidad de reconocer la luz cuando la ve, ¿no debería su amigo terminar inmediatamente el debate *invitándolo a mirar la luz* cuando él encienda la linterna?

La inmensa capacidad del hombre para oír y ver en el reino físico no le fue dada por casualidad. 'El oído que oye y el ojo que ve, ambas cosas igualmente ha hecho Jehová' (Proverbios 20:12). La capacidad del hombre para reconocer la verdad de Dios tampoco es un producto de la casualidad. Todo ser humano tiene esta capacidad y será juzgado por el Creador sobre la base de cómo ha usado de ella. Juan nos dice que Cristo, 'Aquella Luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo' (Juan 1:9). Por consiguiente, el hombre tiene un conocimiento innato de su Creador. 'Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó' (Romanos 1:19)

Por lo tanto, cuando un hombre es confrontado por Cristo, la Luz del mundo, no es de ayuda para él acomodarlo cuando en realidad necesita primero otra luz. Cuando un apologista Cristiano apaga la luz de su Señor y comienza a buscar para encontrar luz del consenso general o de la opinión científica, ha entrado en una caverna espiritual que no tiene salida.

Lo que debe hacer es mantener el corazón y la mente de su amigo no creyente expuesto a la Palabra de Dios de una forma u otra, todo el tiempo pidiendo en oración que el Espíritu de Dios pueda traer convicción del pecado y el buen deseo de confiar en el Salvador. Si él no responde a la infalible Palabra de Dios, que es Su revelación *especial*, ¿qué seguridad tenemos nosotros de parte de la Biblia de que él responderá al testimonio de la revelación *general*, como lo son las varias pruebas teístas a favor de la existencia personal de Dios y las evidencias históricas de la verdad del Cristianismo?

No obstante, el Cristiano que adopta este método centrado en la Biblia, debe prepararse para la

crítica más intensa, aun de parte de otros Cristianos. Subordinar la argumentación racionalista a la supremacía de la Escritura es ir a contramano de todas nuestras inclinaciones naturales e invitar a que nos acusen de oscurantistas. ‘Después de todo,’ nos están diciendo de todos lados, ‘con tantas falsas religiones, cultos, y filosofías en el mundo actual, ¿una persona inteligente acaso no tiene el derecho y la responsabilidad de investigar cuidadosamente la validez del Cristianismo comparándolo con otras alternativas posibles antes de tomar la decisión final?’

Nuevamente, la respuesta es—‘No’. El Cristianismo no es simplemente uno de muchos sistemas religiosos verdaderos. Y nuestro Señor Jesucristo tampoco es simplemente uno de los diferentes salvadores que nosotros podemos investigar cuando nos quede cómodo y podamos hacerlo conforme a nuestros términos.

Además, nuestro investigador inteligente está lejos de ser neutral y sin prejuicio en asuntos espirituales. No puede sentarse a juzgar objetivamente las religiones pasando de una a otra, esperando encontrar una que sea lógicamente coherente, histórica y científicamente verdadera, y personalmente satisfactoria, antes de adoptarla como suya propia.

Todo lo contrario, los hombres son enemigos activos del Único Dios verdadero, autor de la revelación y de la redención, a cuya imagen y semejanza todos nosotros hemos sido creados, y ‘en Quien vivimos, y nos movemos, y somos’ (Hechos 17:28). Mientras es cierto que la imagen divina ha sido desfigurada mediante la Caída, sin embargo todavía está bastante intacta (*Génesis 9:6; 1 Corintios 11:7; Santiago 3:9*).

Precisamente debido a que el hombre efectivamente lleva la imagen de Dios, es que interiormente conoce quién es este Dios. Por eso es que se escapa de Dios y Su Palabra y oculta su rostro de Él. (*cf. Génesis 3:10; Isaías 53:3*). Es por eso que también se opone o suprime la verdad en injusticia (Romanos 1:18) y ‘aborrece la luz y no viene a la luz’ (*Juan 3:20*).

Los hombres pecadores no pueden afirmar inocentemente que Dios es una entidad desconocida— ‘Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido’ (*Romanos 1:21*). Éstas son las razones por las que los hombres pecadores realmente no tienen derecho a demandar ‘credenciales apropiadas’ cuando el Creador les dice: ‘¡Arrepiéntanse! ¡Creen en Mi Palabra! ¡Obedézcanme—AHORA!’ Cuando el Espíritu Santo le dice al corazón humano ‘Cree en el Señor Jesucristo,’ demorarse, investigar o debatir es un suicidio potencial. ‘He aquí ahora el día de salvación’ (2 Corintios 6:2). ‘Pero Dios ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan’ (Hechos 17:30). Dios puede generosamente prolongar la apelación, ¡pero el hombre pecador no puede ufanarse de esto!

Miremos al asunto desde una perspectiva diferente. Si un hombre no regenerado realmente tuviera el derecho de demandar plena satisfacción intelectual concerniente a las afirmaciones de la Palabra de Dios antes de aceptarlas, sería el más grande de los necios porque estaría conformándose con cualquier cosa menos que con una demostración completa. Pero a fin de tener dicha demostración, él tendría que examinar cuidadosamente *todos* los hechos pertinentes y cada alternativa posible antes de recibir a Cristo como su Señor. Por supuesto, se moriría mucho antes de que pudiera llegar al lugar donde podría tomar una decisión sobre esta base. Dicho enfoque de la apologética Cristiana no sólo es anti bíblico ¡sino que conduce a absurdos lógicos!

Darle a un incrédulo la impresión de que tiene el derecho de demandar respuestas a todos los

problemas racionales relacionados con la Biblia y el Cristianismo antes de que se arrepienta de su pecado y acuda a Cristo para el perdón, es colocarlo sobre un pedestal de orgullo intelectual y espiritual del cual él *nunca* va a descender. ¿Qué pueden lograr realmente dichos debates interminables para preparar a dicha persona para 'el día cuando Dios juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo conforme a mi evangelio' (*Romanos 2:16*)?

¿Qué puede decirse de dicha apologética racionalista cuando Dios nos ha comisionado para que presentemos 'todo el consejo de Dios' (cf. Mateo 28:18-20; Hechos 20:27; 2 Timoteo 2:2; 4:2)? ¿Y cómo responderemos a la admonición de Pablo a Timoteo, que sea 'amable para con todos, apto para enseñar [i.e.: *enseñar verdad revelada*], paciente, que con mansedumbre corrija [i.e., con Escritura] a los que se oponen, por si quizás Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él?' (2 Timoteo 2:24-26)?

Si el Nuevo Testamento es nuestra guía infalible en dichos asuntos, debemos llegar a la conclusión de que el Cristiano que quiera ser usado más eficazmente por Dios para ganar a personas para Cristo no es el que sabe muchísimo acerca de temas seculares como la filosofía, la psicología, la historia, la arqueología, o las ciencias naturales (importantes como estas disciplinas pudieran ser en su propio lugar en desarrollar un punto de vista Cristiano comprensivo del mundo y la vida). Será el Cristiano que conoce mucho de la Palabra de Dios, y que busca humildemente la fortaleza y sabiduría diaria de Dios para obedecerla.

El mejor apologeta Cristiano es el mejor estudiante de la Escritura, aquel que, para usar los propios términos de la Biblia para describirlo, es 'un obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad' (2 Timoteo 2:15). Será un hombre como Apolos, 'poderoso en las Escrituras, [quien] hablaba y enseñaba diligentemente [a los incrédulos] lo concerniente al Señor [Hechos 18:24-28].

El escritor está totalmente de acuerdo con los que insisten que el Cristianismo es supremamente racional. Esto no se debe a que el Cristiano entiende todas las cosas que Dios ha revelado, porque aun el apóstol Pablo se rehusó a afirmar tal cosa (Romanos 11:33; 1 Corintios 13:9; ver también 2 Pedro 3:16).

La razón por la cual uno debe insistir en la racionalidad esencial del Cristianismo se debe a la naturaleza de Dios Mismo. Sus pensamientos han sido comunicados a nosotros eficazmente y en verdad. La Biblia es comprensible (1 Juan 2:20, 27). No obstante, el hecho de que el hombre es un ser finito le impide conocer a Dios exhaustivamente. El Evangelio podrá ser locura 'a los que perecen' (1 Corintios 1:18), pero *no* es intrínsecamente locura; es sabiduría perfecta a infinita (1 Corintios 1:20-29). Por lo tanto, el mensaje Cristiano es *últimamente racional*. Pero esto está muy lejos de decir que el mensaje Cristiano puede ser comunicado racionalmente los hombres perdidos.

El apóstol Pedro, por el Espíritu de Dios, dio mandamientos a cada creyente: 'Y estad siempre preparados para presentar defensa [Gr.: *apologian*] con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros' (1 Pedro 3:15). ¿Significa esto que el Cristiano debe salirse de la esfera de la verdad revelada para proveer a un incrédulo una justificación intelectual y académica de su fe en la Palabra de Dios? A la vista de sus muy limitados antecedentes, ¿podría Pedro haber cumplido dicho mandamiento?

¿Habría el apóstol Pablo, quien era muy conocido por su gran sabiduría (Hechos 26:24; cf. 22:3), haber condescendido con dichas búsquedas para los Cristianos de mentes filosóficas, en vista de su expresa determinación 'Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino

a Jesucristo, y a éste crucificado... para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios' (1 Corintios 2:2 y 5)? Difícilmente. Por lo tanto, uno sospecha desde el mismo comienzo que la muy popular interpretación semi-racionalista de *1 Pedro 3:15* no es aconsejable.<sup>3</sup>

Un examen del contexto inmediato del pasaje confirma esta sospecha. Pedro estaba escribiendo a los Cristianos perseguidos que estaban siendo aterrorizados por sus vecinos paganos. No obstante, a ellos se les ordenó que no se hundieran en la desesperación, sino que reconocieran su verdaderamente 'bendita' situación (cf. *Mateo 5:10; Santiago 5:11*). Además, no debían amedrentarse ni turbarse (1 Pedro 3:14; cf. *Isaías 8:12*). Pero, ¿por qué debían adoptar dicha actitud? ¿Era debido a que ellos sabían que podían superar tácticamente a sus enemigos en el debate intelectual? ¡Definitivamente no! Los primeros Cristianos no tenían a 'muchos sabios según la carne' en sus grupos (1 Corintios 1:26).

La confianza de ellos estaba basada realmente en sus recursos espirituales, en Cristo el Señor, a Quien ellos debían *santificar* en sus corazones.

Además, las palabras que siguen el mandamiento de Pedro: 'sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis como debéis responder a cada uno' [con humildad y temor] (cf. *Colosenses 4:6*) y con una buena conciencia; que... se avergüencen los que falsamente acusan vuestra buena conversación en Cristo.'

Nótese cuidadosamente que estas condiciones no tienen nada que ver con el debate racionalista, porque una suposición básica subyacente en dicho debate es que la respuesta correcta es eficaz sin tener en cuenta la presencia o ausencia de humildad, reverencia o piedad en aquel que está dando la respuesta. Pero en el testimonio espiritual a la verdad de Dios, estos factores son absolutamente vitales.

Entonces, en este pasaje está claro que los Cristianos no pueden respuestas espiritualmente eficaces a personas no regeneradas, con respecto a la esperanza que hay en ellos, hasta que ellos hayan aprendido a *santificar al Señor Dios en sus propios corazones*. ¿Pero qué significa eso realmente?

El término santificar en este contexto presupone que los Cristianos son santificados o santos — es decir, colocados aparte para Dios.

Entonces, en el contexto inmediato, Pedro está diciendo que el creyente debe confesar su incapacidad de convertir a los hombres mediante meros razonamientos humanos, y debe reconocer la singular y soberana capacidad de Dios para efectuar la conversión. Debe aprender a pedir en oración que el Dios que conoce el corazón de todos los hombres y Quien sabe como penetrar esos corazones con Su Palabra, presente Su Palabra a los oyentes por el Espíritu, y sea glorificado por los resultados.

Durante la campaña de las Ardenas en 1944 en Bélgica, mejor conocida como la Batalla del Bolga, este autor prestó servicio como 'computador de dirección de fuego' en un batallón de artillería de campo de en el ejército de los EE.UU. Su trabajo era permanecer con otros dos hombres en un sótano detrás de las líneas del frente para ver los tanques enemigos que se aproximaban.

Cuando se podían ver los tanques, surgía una crisis potencial. Uno podía ceder al pánico o podía seguir las estrictas instrucciones. Si cedía al pánico y huía a la retaguardia, los tanques proseguirían sin obstáculos, y podía perderse la batalla, y podría perderse el observador

mismo. O él podía correr hacia los tanques y comenzar a dispararles. Eso también demostraría ser desastroso para él, y para su unidad militar.

Foto: Ilustración de la Batalla del Bolga.

No obstante, había una tercera alternativa, la de ¡‘santificar’ a la artillería de campo en su corazón! En otras palabras, podía seguir las instrucciones y telefonar al ‘centro de dirección de fuego,’ dándoles la cantidad, el tamaño, la ubicación y velocidad aparente del movimiento de los tanques enemigos, confesando por lo tanto su incapacidad de manejar la situación por su propia cuenta, y confesando la capacidad de la artillería de campo para hacer el trabajo que él no podía hacer.

No es necesario explicar que una vez que la artillería localizaba esos tanques, los que estaban en peligro inminente eran ellos. A medida que docenas de proyectiles perforantes silbaban sobre la cabeza de los observadores adelantados y penetraban los tanques uno por uno, explotando dentro, *los observadores estaban haciendo su más grande apologética al desafío que enfrentaban.*

Como ‘observadores adelantados’ de Dios en el mundo de Satanás, de demonios y de hombres caídos, los Cristianos deben aprender a clamar a su Señor. Ningún otro sistema ha funcionado nunca, y realmente nunca funcionará.

Entonces, ¿cuál es la ‘respuesta’ que cada uno de nosotros debemos tener preparada para dar a todos los que nos pidan la razón de la esperanza que albergamos? La respuesta debe ser básicamente la Palabra de Dios, no nuestra propia palabra. Los pensamientos de Dios son infinitamente superiores que nuestros pensamientos (Isaías 55:9), y Sus palabras penetran mucho más profundamente en los corazones de los hombres que nuestras palabras. En todo sincero esfuerzo por ganar almas, el creyente pronto descubre que sus propias palabras están muertas, son inactivas, aburridas e insípidas

Pero — ‘la Palabra de Dios es vida y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón’ (Hebreos 4:12).

Fue Cristo el Señor quien estableció el modelo apologético para todos los creyentes cuando derrotó tres veces a Satanás con citas exactas y apropiadas de la Palabra de Dios, y con la fórmula— ‘Escrito está’ (Mateo 4:1-11). En su gran confrontación con los Fariseos incrédulos en Juan 8:12-59, nuestro Señor apeló constantemente a las realidades espirituales básicas, tales como el testimonio de Su Padre (Juan 8:14, 26, 28, 29, 38, 42, 49, 54), más bien que a las señales milagrosas. Es digno de notar que ‘hablando él muchas cosas, muchos creyeron en él’ (v. 30).

¿Sienten a veces los Cristianos que, debido a los descubrimientos arqueológicos, históricos, científicos y otros, que arrojan luz sobre las Escrituras, ellos cuentan con una apologética superior a la de nuestro Señor y Sus apóstoles, y a la de la iglesia primitiva?

Si es así, no han santificado realmente al Señor Dios en sus corazones y sus respuestas a los hombres perdidos no pueden traer convicción ni conversión en el sentido Bíblico de estas palabras. La obra de Dios debe ser hecha a la manera de Dios si es que ha de recibir la aprobación de Dios (*cf. 1 Corintios 3:10-15*).